

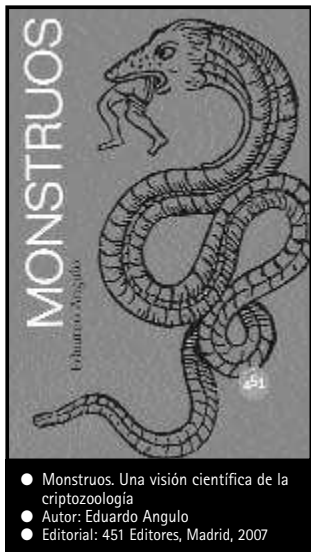
MONSTRUOS

RICARDO CAMPO PÉREZ *

La criptozoología, una actividad de imitación científica que pretende estudiar grandes seres no reconocidos por la zoología ortodoxa (el Yeti, Bigfoot, Sasquatch, Nessie, etc.) no es demasiado conocida en nuestro país, aunque cuenta con numerosos aficionados en otros países como Estados Unidos, donde dispone además de una buena representación de animales legendarios como diversos seres antropomorfos y monstruos lacustres. Al tratarse de una versión contemporánea de los bestiarios medievales y renacentistas, no existen pruebas irrefutables de tales maravillas naturales, más allá de restos que acaban identificándose de forma trivial.

El mejor criterio del que disponemos para descartar las fantasías criptozoológicas es el acuerdo científico generalizado. Si esos animales maravillosos existieran, haría décadas que los científicos los habrían reconocido: su hallazgo habría sido publicado en las principales revistas científicas generalistas y especializadas y en la prensa de todo el mundo, y la criptozoología habría desaparecido al integrarse en la zoología que se estudia en la educación secundaria y en la superior. Pero eso no ha ocurrido; al contrario, el gueto de la criptozoología sigue existiendo, al igual que otros muchos, como el de la parapsicología, la ufología y otras prácticas donde lo fundamental es una creencia inamovible y las pruebas son privadas, en el sentido de que sólo un grupo de interesados convencidos de antemano las acepta como tales.

Constantemente se descubren nuevas especies zoológicas y botánicas en todo el mundo, pero los criptozoólogos sólo están interesados en seres fantásticamente grandes o cercanos a los humanos en la rama evolutiva. Esta "selección inconsciente" es muy sospechosa, y de todo ello nos habla *Monstruos*, de Eduardo Angulo, biólogo de la Universidad del País Vasco.



- Monstruos. Una visión científica de la criptozoología
- Autor: Eduardo Angulo
- Editorial: 451 Editores, Madrid, 2007

Monstruos es un libro muy bien escrito e informativo, y salpicado de ironía y divertidas anécdotas, a la par que excelentemente editado. Como profesional de la ciencia biológica, Angulo sabe de lo que escribe y para quién escribe: idealmente para un joven interesado en las maravillas animales de la naturaleza, para cuyo estudio son prescindibles los criptozoólogos y demás buscadores de quimeras, por cuanto que cada año se descubren centenares de especies de seres vivos en todo el mundo por parte de zoólogos profesionales o aficionados.

Según Angulo, la criptozoología conlleva deseos inalcanzables: encontrar sus elusivas criaturas y conseguir que sus hallazgos sean aceptados (p. 12), aunque para ello se vea obligada a otorgar una importancia a los testimonios humanos de la que carecen, como el propio zoólogo Bernard Heuvelmans, "padre" de la criptozoología, solía hacer.

La historia de la ciencia está repleta de errores y teorías erróneas. Gracias a su propia dinámica, esos errores, falsedades y fraudes acaban descubriéndose. Sin embargo, ahí tenemos a la criptozoología, enquistada en las mismas historias de miedo que en los años 60 del siglo XX. Esa repetición de los mismos rumores, ese dar vueltas en torno a pseudo-problemas año tras año, es sintoma claro de que nos hallamos ante un credo, no ante una proto-disciplina científica, en particular porque todo nuevo hallazgo es inmediatamente asimilado por la zoología académica. La criptozoología es innecesaria.

Las deficiencias del método taxonómico de los criptozoólogos, como el caso del fraude del "hombre de hielo de Minnesota", son puestas en evidencia en *Monstruos*. Esta patraña la habría "investigado" el propio Heuvelmans, sin llegar siquiera a tocar al supuesto humanoide. Al margen de éste y otros fraudes famosos (como la filmación Patterson del Bigfoot en 1967), son las imposibilidades físicas las que conspiran contra la realidad de esos seres: poblaciones de supuestos seres enormes que no dejan jamás excre-

mentos, ni esqueletos, ni restos de comida; quizá porque el producto de la imaginación de unos cuantos aficionados a las cosas extrañas por decreto personal no necesita ensuciarse con tales deshechos mundanos.

También se pregunta Angulo por qué las personas quieren creer en estas cosas, y ofrece algunas posibilidades de sentido común. Luego nos presenta a los principales habitantes del reino imaginario de la criptozoología: el monstruo del lago Ness, el Yeti, Sasquatch, y el calamar Kraken, de tamaño XXL, y a un par de seres reales como el okapi y el celacanto, de los que interesadamente la criptozoología ha intentado apropiarse. Al explicar las debilidades históricas de estas leyendas, de las que no existen pruebas científicas, sólo rumores y relatos de dudosa confianza, nos ofrece la oportunidad de entrever cómo se han fijado en la mente de los creyentes.

Si bien la criptozoología no baja al nivel vergonzoso de los tarotistas televisivos ni es tan popular como otras pseudociencias y creencias mágicas como los poderes de la mente y el negocio de las pseudo-medicinas alternativas, no deja de ser un interesante ejemplo de este segundo grupo de manifestaciones culturales "alternativas", adjetivo que sirve para enmascarar la ausencia de resultados científicos válidos mientras uno se disfraza de científico adoptando una pose y un lenguaje, y se preocupa antes por aparecer en medios comerciales que por aportar pruebas convincentes en revistas especializadas. Todo este mundo "alternativo" tiene, no por casualidad, un parecido de familia con cualquier credo religioso que tengamos a mano. Y el libro de Eduardo Angulo sobre los fantásticos cripto-animales inexistentes es útil también para darnos cuenta de esto.

* **Círculo Escéptico**
(www.circuloesceptico.org)
Este artículo es una colaboración del Aula Cultural de Divulgación Científica (ACDC) de la Universidad de La Laguna. Coordinación: José María Riol Cimas.



C IENCIA BÁSICA

LA SEDA

CARLOS SANTOS

Bombyx mori es una polilla originaria del norte de Asia. Se cria hoy en muchas regiones del mundo para aprovechar el capullo que protege a su crisálida, constituido por un largo filamento de seda, producido por la oruga (larva) al retraerse para la metamorfosis. En su estado adulto tiene

unos 3 cm de envergadura de alas, es de color blanquecino o gris pálido, con marcas amarillentas en las alas y antenas plumosas de color negruzco. Pasa en este estadio, sin embargo, no más de unos pocos días, durante los cuales lleva a cabo el apareamiento. Tras el mismo, la hembra comienza la puesta de unos 400 huevos en las hojas de la morera y muere al cabo de la misma.

La oruga de seda es considerada el animal

que más come del reino animal con respecto a su tamaño y tiempo de vida, esto es debido a que durante su letargo en el capullo, sueños de muda y etapa adulta no se alimentan de nada y además tienen que dejar las reservas suficientes a su prole para que sobrevivan en el huevo. La larva emplea el almidón de las hojas de morera que ha consumido, transformado en dextrina por su metabolismo, para producir el hilo de seda. El material, líquido en el in-



terior del cuerpo, se solidifica en contacto con el aire. Girando sobre sí misma, fabrica alrededor de su cuerpo una envoltura oval formada por un único hilo de hasta 900 metros de largo. El proceso le ocupa cuatro días. Al vaciar completamente sus glándulas, comienza la pupación, que dura unos veinte días en condiciones normales. Al cabo de estos, una nueva polilla emerge.

En China existe una leyenda que dice que el descubrimiento del gu-

sano de seda fue hecho por una antigua emperatriz llamada Xi Ling-Shi. Se dice que mientras caminaba se encontró con los gusanos. Ella los tocó, y por arte de magia, apareció una hebra de seda. Según la iba recogiendo la iba enrollando en su dedo, sintiendo al poco tiempo una sensación de calor. Cuando terminó de recoger la seda, vio que ésta provenía de un capullo. Después contó su descubrimiento y la historia comenzó a esparcirse.